

En defensa de las conferencias

En el número 188 de la revista *Vuelta*, correspondiente al mes de julio próximo pasado, apareció un texto de Gabriel Zaid titulado "Tesis sobre administración cultural". Además de buen amigo de Gabriel, también soy admirador de su inteligencia y de su calidad como poeta y ensayista, por lo que persigo y leo con interés y gran gusto todo lo que escribe. Me encanta su poesía y con frecuencia estoy de acuerdo con sus análisis y críticas sobre diversos aspectos de la cultura; otras veces no, en especial cuando arremete en contra de su *bête noire* favorita, que es la vida y milagros de la universidad pública mexicana, y en especial de la UNAM (UNA-Megalomanía, según Gabriel). En sus "Tesis sobre administración cultural" asoma una vez más su desencanto con los universitarios, a los que acusa de haber transformado "el mundo cultural en administración". Como siempre ocurre con sus ensayos, éste también está repleto de observaciones agudas y de frases felices; durante su lectura, aplaudí las primeras y disfruté las segundas. Pero al llegar a la última tesis, la número 22 (que también es la más larga) sentí que no podía aceptarla. Gabriel presenta con lucidez característica su oposición a la conferencia como actividad cultural, basada en una formidable batería de argumentos; después de leer cada uno de ellos, me encontré diciendo "Sí, pero..." Al final me sentía tan abatido que decidí levantar el guante arrojado por Gabriel y salir en defensa de esa antigua dama, elegante y aristocrática, que es la conferencia.

Conviene empezar con un breve repaso de los argumentos de Gabriel en contra de la conferencia. La andanada empieza diciendo "Las conferencias existen para tejer los intercambios de prestigio, no los intercambios culturales. En términos de eficacia cultural, no son nada frente a la lectura o la tertulia". A continuación señala lo absurdo que es recorrer "media ciudad congestionada a una hora imposible" para asistir a una conferencia (como si la lectura o las tertulias siempre ocurrieran en la biblioteca de mi casa y a horas civilizadas). Además, sólo de milagro el conferencista tiene algo importante que decir, lo dice muy bien y lo escuchan quienes deberían escucharlo; la regla es que la conferencia esté mal dicha, vacía de contenido y dirigida a un público equivocado. "El verdadero mensaje de una conferencia —señala Gabriel— es que la hubo, como diría McLuhan". Gabriel también llama a las conferencias *media events*, actos vacuos, medios para beneficiar al conferencista "aunque sus textos sean desconocidos",

para "ganar puntos de cumplimiento", y para las "cuentas gloriosas que necesitan presentar los administradores culturales para justificar el presupuesto de la institución". Para todo esto sirve la conferencia, aunque el conferencista "no haya dicho nada o lo haya dicho en una sala vacía".

Es difícil no estar de acuerdo con Gabriel en que muchas conferencias corresponden fielmente a su descripción. ¿Pero todas? ¿De veras es un milagro que el conferencista tenga algo que decir, lo diga bien y lo escuchen quienes deberían escucharlo? Si es así, me felicito de haber asistido en mi vida a tantos milagros, porque de todas las conferencias que he escuchado, muchas han sido no sólo buenas sino extraordinarias. Cuando era estudiante, a principios de los 40, muchas de las escuelas universitarias estaban en lo que hoy es el Centro Histórico de la Ciudad de México, y siempre que podía iba a escuchar las conferencias en El Colegio Nacional. Ahí hablaban Ignacio Chávez, Diego Rivera, Samuel Ramos, Guillermo Harro, Arturo Rosenblueth y otros más, ante un público mixto que atestaba el pequeño auditorio. Recuerdo que en 1950, en la reunión anual de la Asociación Americana de Patólogos, celebrada en Chicago, el famoso Dr. Paul Klemperer dio una conferencia magnífica ante más de un mil asistentes, que fijó mis intereses científicos durante los siguientes 30 años. Después, a lo largo de mi vida he escuchado muchas otras conferencias por otros grandes pensadores, en las que he aprendido y además me he divertido muchísimo. Una de las últimas fue la dictada por Salvador Elizondo en el homenaje luctuoso que El Colegio Nacional rindió al Maestro Rufino Tamayo. De modo que mi primer punto de desacuerdo con Gabriel Zaid es que, en mi opinión, no todas las conferencias son "actos superfluos de comunicación cultural, cuya producción teatral es necesaria para las cámaras, las constancias culturales y la comunicación social". También las hay que son eventos de gran valor cultural, oportunidades para que se expresen la sabiduría y la elocuencia, para que se divulguen las ideas y la poesía, y que causan un impacto enriquecedor y de duración variable pero a veces muy prolongada e importante en la vida del público.

Gabriel prefiere la lectura o la conversación en tertulias o cenáculos, como medios para el intercambio de opiniones, visiones o experiencias. Aquí también estoy de acuerdo con él, pero no al grado de excluir por completo a las conferencias. Después de todo, uno de los atractivos del contacto humano es

su variedad, su riqueza en modalidades, su capacidad casi infinita para multiplicar y renovar las distintas formas en que se puede llevar a cabo. Todas ellas tienen en común que permiten y facilitan la interacción de emociones y pensamientos, pero cada una posee componentes peculiares que la distinguen de las demás. La conferencia se caracteriza porque se trata de un acaecimiento programado sobre un tema específico; es decir, no es una reunión casual en donde puede hablarse de cualquier cosa. Además, hay un ponente que diserta y un público que escucha, aunque a veces al terminar su exposición el conferencista acepta dialogar con los asistentes; de todos modos, en la conferencia la comunicación es predominantemente vectorial y ordenada, mientras que en la tertulia es múltiple y anárquica, aunque no necesariamente desordenada.

Finalmente, Gabriel critica que las conferencias cumplen únicamente funciones ceremoniales y curriculares, y que su contenido es irrelevante a tales funciones. Que esto ocurre con muchas conferencias ya lo había planteado yo en una (¡ejem!) conferencia que dicté en 1975 y publiqué después, en 1980, con el título de "La Conferencia Magistral"*. En ese texto clasifiqué a las conferencias (magistrales) en cuatro tipos, a saber: 1) apolíneas o narcisistas; 2) dionisiacas o sensoriales; 3) cefalálgicas o somníferas; y 4) platónicas o es-

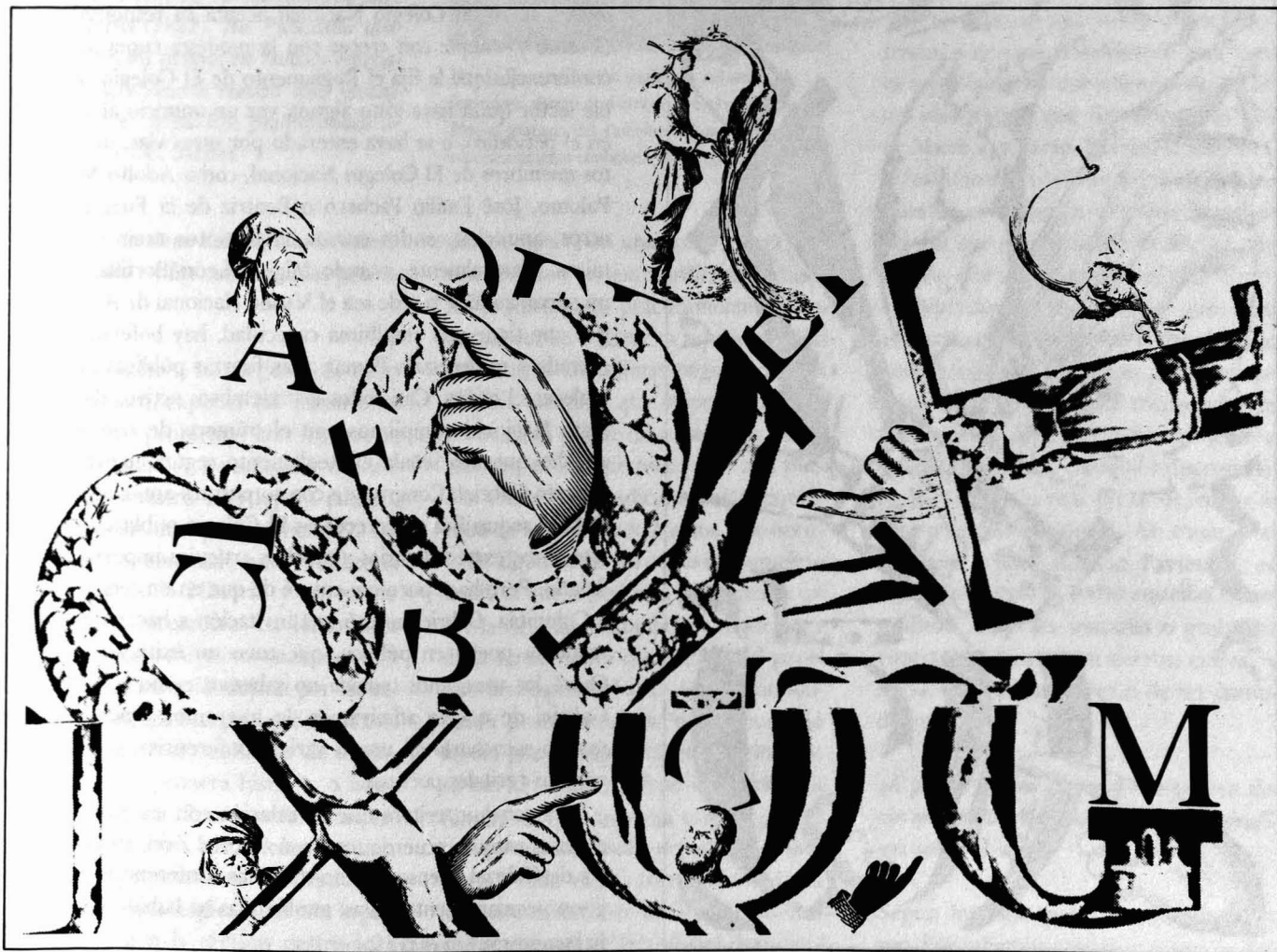
timulantes. No voy a repetir aquí lo ya escrito; lo menciono para señalar que Gabriel sólo contempla los tres primeros tipos de conferencias, y que hasta ahí yo estoy de acuerdo con él desde 1975. Para Gabriel el tipo 4 de mi clasificación de las conferencias, las platónicas o estimulantes, sólo ocurre de milagro. En mi ya tantas veces mencionado escrito señalé que las conferencias platónicas o estimulantes se caracterizan porque el ponente sigue las Tres Reglas de Oro de la Conferencia Magistral Perfecta, que son:

Tener algo qué decir
Decirlo
No decir nada más

Sinceramente creo que no es necesario un milagro para que un conferencista siga estas Tres Reglas ante un público atento, interesado y numeroso. Pero esto no excluye que, otra vez de acuerdo con Gabriel, yo también piense que todas las conferencias (de los cuatro tipos mencionados) cumplen, además de las muchas ya mencionadas, otra importante función humana ceremonial: *la liturgia*.

Homo sapiens es un animal bípedo, implume, gregario, inteligente, con historia, que evoluciona no sólo por factores biológicos sino también culturales, y que está enamorado de una de sus invenciones más absurdas e irracionales, que ya se vislumbra en las hileras perfectas que forman las hormigas,

* "Conferencia Magistral", en Pérez Tamayo, R.: *Serendipia*. México, Siglo XXI Editores, 1980, pp 123-133.



en el vuelo coordinado de los pájaros, en la belleza deslumbrante del pavo real macho cuando despliega su cola iridiscente. Estamos fascinados no sólo por las cosas que hacemos sino por *cómo* las hacemos; en otras palabras, somos animales de rutina, condicionables, sujetos más de costumbre que de razón o de ética, dispuestos a transformar un hecho reiterado por la conveniencia primero en un mito y después en un acontecimiento sagrado. Nos comunicamos de muy distintas maneras, pero cada una de ellas posee un ceremonial, una rutina, una liturgia que la caracteriza y la distingue de las otras, que la hace única entre las demás. La conferencia (como el saludo matutino, el apretón de manos, el abrazo, la petición de la palabra, el "¿bueno...?" al contestar el teléfono, la des-



pedida, etc.) es y ha sido desde tiempo inmemorial una de las muchas formas estereotipadas en que se da la comunicación humana, que cumple con un ritual definido. Hay un programa, un tema, un conferencista y un público; el acto se inicia, el ponente habla, los asistentes lo escuchan, el acto termina. Los detalles de esta liturgia pueden ser muy variables, pero su esencia como modalidad de comunicación humana es constante. Gabriel lamenta su prostitución y yo lo acompaño en sus lamentos; pero no *todas* las conferencias culturales que se dieron ayer y se dictan hoy en nuestro país han sido y son meretrices. Además, *todas* las conferencias cumplen con ese ritual, con esa liturgia que las hace tan esencialmente humanas. En un libro de cuentos que hace unos años leían mis nietecitos, el Rey de la Selva (el León, claro) convoca a los animales del bosque a una reunión; ahí están todos, en una hermosa figura a colores, haciendo una rueda para escuchar al León, quien les dicta una conferencia. Es una escena muy humana, porque ilustra una de las liturgias más característica de nuestra especie.

Tanto Gabriel Zaid como yo somos miembros de El Colegio Nacional. Esta casi cincuentenaria institución (fue fundada en 1943) señala como una de las obligaciones anuales más importantes de sus miembros menores de 65 años de edad la de dictar 10 conferencias en instituciones académicas nacionales (entre los 66 y los 70 años de edad la obligación se reduce a 5 conferencias anuales, y después de los 70 años de edad la obligación desaparece). La gran mayoría de los miembros de El Colegio Nacional acepta su responsabilidad docente y cumple con creces con la modesta cuota anual de conferencias que le fija el Reglamento de El Colegio. El amable lector quizá haya visto alguna vez un anuncio al respecto en el periódico, o se haya enterado por otras vías, que distintos miembros de El Colegio Nacional, como Adolfo Martínez Palomo, José Emilio Pacheco o Beatriz de la Fuente, entre otros, anuncian sendos cursos en distintos recintos académicos. Naturalmente, cuando Miguel León Portilla anuncia un curso, aunque la sede sea el Museo Nacional de Antropología, que tiene una amplísima capacidad, hay bofetadas en la entrada y es necesario llamar a las fuerzas públicas para restablecer el orden. Casi todos los miembros activos de El Colegio Nacional cumplimos con el número de conferencias anuales que nos señala el Reglamento según nuestra edad, excepto Gabriel. Congruente con su postura anti-conferencia, Gabriel se justifica con creces en El Colegio publicando dos o tres libros extraordinarios y muchos artículos importantes cada año. Pero hace poco me enteré de que en un reciente viaje a Colombia, Gabriel aceptó una invitación a hacer una lectura de su poesía en público, que tuvo un éxito sensacional. Quizá los mexicanos todavía no sabemos cómo convencer a Gabriel de que lo admiramos, lo queremos y nos gustaría mucho escucharlo en una o varias conferencias, o en uno o muchos recitales poéticos.

Para concluir, reitero que en relación con las *malas* conferencias, estoy en acuerdo total con Gabriel Zaid. Pero en contra de Gabriel, pienso que no todas las conferencias han sido y son necesariamente malas; también las ha habido y las sigue habiendo muy *buenas*. ◇